



**SANDRA
BROWN**

**LA
COARTADA
IMPOSIBLE**

Lute Pettijohn, uno de los hombre más ricos y famosos de Charleston, millonario conocido tanto por su despotismo en los negocios como por su afición desmedida a las faldas, aparece asesinado en la habitación de uno de sus hoteles. La investigación del caso se presenta difícil, máxime cuando el muerto había granjeado en vida infinidad de enemigos. No obstante, la resolución del crimen supondría sin duda una punta de lanza en la carreta del ayudante del fiscal del distrito que se encargará del caso, que recae en el prometedor abogado Hammond Cross.

Sin embargo, para Cross el caso no llega en el mejor momento de su vida. O quizá sí. La misma noche del crimen conoce a una atractiva mujer, capaz de despertar en él sentimientos con una rotundidad desconocida. ¿Significaba el comienzo de una gran historia de amor? Sólo el tiempo lo diría... y tiempo es lo que le faltaba. Y es que cada nueva pista en el caso Pettijohn daba una vuelta de tuerca que amenazaba con embadurnar de acusaciones al propio Cross, aún apesadumbrado por no haber sido capaz de dar con la hermosa mujer con la que había vivido aquella noche de pasión. Una mujer que guardaba un secreto a todas luces inconfesable.

SÁBADO

PRÓLOGO

El grito rasgó el climatizado silencio del pasillo del hotel.

La asistenta, que tan sólo hacía unos segundos que había entrado en la suite, salió de la habitación a trompicones, pidiendo ayuda a gritos, sollozando y aporreando al azar las puertas de los dormitorios de los demás huéspedes. Más tarde, su supervisor la reprendería por tan exagerada reacción, pero en ese momento tenía un ataque de histeria.

Para su desgracia, poca gente se encontraba en sus habitaciones esa tarde. Casi todo el mundo había salido para disfrutar de los inigualables atractivos del barrio histórico de Charleston. No obstante, al final consiguió despertar a alguien, a un hombre de Michigan que, al no estar acostumbrado a esas temperaturas tan altas, había regresado a su habitación para hacer la siesta.

Aunque se encontraba aturdido por la forma tan brusca en la que le habían despertado, decidió de inmediato que tan sólo una gran catástrofe podría ser la causante del ataque de pánico que padecía esa mujer. Antes de alcanzar a comprender el motivo de los lloriqueos de la asistenta, llamó a recepción y alertó al personal del hotel acerca de la emergencia en la última planta.

Dos agentes de policía de Charleston, responsables de la zona en la que se encontraba el recién inaugurado Hotel Charles Towne Plaza, respondieron a la llamada con celeridad. Un ofuscado guarda de seguridad del hotel les condujo a la suite de la planta superior, allí donde la asistenta se había dirigido poco antes y percatado de que sus servicios no eran necesarios. El ocupante de la habitación yacía tumbado en el suelo de la sala de estar de la suite. Estaba muerto.

El agente de policía se arrodilló junto al cuerpo y exclamó:

—¡Santo cielo!, pero si parece...

—¡No cabe duda de que es él! —afirmó su compañero en un tono de voz que también expresaba incredulidad—.
¿No cree que esto va a causar un gran revuelo?

Capítulo 1

Se fijó en ella en cuanto entró en la glorieta.

Llamaba la atención incluso entre una gran multitud de mujeres en su mayor parte ataviadas con ligera ropa de verano. Asombrosamente, estaba sola.

Mientras se detenía para orientarse, posó los ojos por un instante en el estrado, donde tocaba la orquesta, y después en la pista de baile y en la caótica disposición de mesas y sillas que la rodeaba. Cuando vio una mesa vacía, se dirigió hacia allí y se sentó.

La glorieta era redonda y debía de tener unos treinta metros de diámetro. Si bien se trataba de una estructura al aire libre con un tejado cónico, cuya superficie interior estaba adornada con brillantes luces navideñas, el elevado techo retenía el sonido y hacía que el estruendo fuera increíble.

El talento que no tenían los músicos de la orquesta era compensado por el volumen, puesto que éstos debían de pensar que el exceso de decibelios haría que la gente no oyera las notas equivocadas. Sin embargo, tocaban con un entusiasmo y una teatralidad exagerada. Los músicos encargados del teclado y la guitarra parecían aporrear sus instrumentos. La trenzada barba del individuo que tocaba la armónica se movía de un lado a otro cada vez que el músico sacudía la cabeza. A medida que el violinista rozaba las cuerdas con el arco, bailaba con tanto tesón que dejaba entrever sus botas camperas amarillas. Daba la impresión de que el batería sólo se sabía una cadencia, pero se entregaba a ella con brío.

A la multitud no parecía importarle ese ruido tan disonante. Y a Hammond Cross tampoco. Paradójicamente, el estrépito de la feria le calmaba en cierta manera. Se ensi-

mismaba con el ruido: los chillidos procedentes de la avenida principal, los silbidos de los ruidosos adolescentes desde lo alto de la noria, los sollozos de los bebés que ya estaban cansados, las campanas, los pitidos y las bocinas, las risas y los gritos propios de una feria.

Ese día no tenía previsto ir a ninguna feria. A pesar de que seguramente la habían anunciado en el periódico local o en la televisión, no se había enterado.

La feria estaba a una media hora de camino de Charleston y llegó allí por casualidad. Nunca sabría qué le forzó a detenerse. Jamás había sido aficionado a las ferias y, evidentemente, sus padres nunca le habían llevado a una. Siempre evitaron a toda costa las diversiones para las masas. Se podría decir que no era su círculo, su tipo de gente.

Por lo general, Hammond también lo habría evitado. No porque fuera un esnob, sino porque trabajaba tanto que era muy egoísta con su tiempo libre y muy selectivo a la hora de escoger cómo pasarlo. Un *round* de golf, un par de horas pescando, una película, una cena tranquila en un buen restaurante. Pero ¿una feria? Eso nunca habría encabezado la lista de sus intereses lúdicos.

No obstante, esa tarde en particular se sintió atraído por la multitud y el ruido. Si hubiera permanecido solo, no habría hecho más que obsesionarse con sus problemas. Se habría sentido abatido y... ¿quién deseaba sentirse así durante uno de los últimos fines de semana de verano?

Así pues, cuando no tuvo más remedio que reducir la velocidad en la autopista y se vio atrapado entre el tráfico que se dirigía poco a poco hacia el improvisado aparcamiento —de hecho, era un prado para apacentar vacas reconvertido en aparcamiento por un ganadero emprendedor— siguió haciendo cola con el resto de los automóviles, furgonetas y deportivos.

Le pagó dos dólares a un joven que mascaba tabaco y que era el encargado de recoger el dinero para el ganadero, y tuvo la suerte de encontrar aparcamiento bajo la som-

bra de un árbol. Antes de salir del coche, se quitó la chaqueta y la corbata, y después se arremangó las mangas de la camisa. A medida que avanzaba con cautela entre los excrementos de vaca, deseó haber llevado vaqueros azules y botas en vez de pantalones de vestir y mocasines; no obstante, empezaba a animarse. Allí nadie le conocía. Por lo tanto, si no quería, no tendría que hablar con nadie. No tenía obligaciones que cumplir, ni reuniones a las que asistir, ni llamadas a las que responder. Allí no era ni un profesional, ni un compañero de trabajo, ni un hijo. Empezó a liberarse de la tensión, de la ira y del peso de la responsabilidad. La sensación de libertad era embriagadora.

Los límites de la feria estaban delimitados por una cuerda de plástico, adornada con banderines de varios colores, que colgaba inmóvil y lánguida en el calor de la tarde. El denso aire estaba perfumado con tentadores aromas culinarios: comida basura. Desde la distancia, la música no sonaba ni la mitad de mal. Hammond se alegró al instante de haberse detenido. Necesitaba ese... aislamiento. A pesar de la gente que cruzaba en tropel la puerta de entrada, estaba, en un sentido muy real, aislado. De repente, sentirse absorbido por una ruidosa multitud le pareció mucho mejor que pasar una tarde solitaria en su cabaña del bosque, en realidad, el lugar adonde tenía planeado ir al salir de Charleston.

La orquesta había tocado dos canciones desde que la mujer de cabello castaño rojizo se sentara al otro lado de la glorieta. Hammond había seguido observándola y haciendo conjeturas. Lo más probable era que esperara a alguien, seguramente a su marido e hijos. Parecía un poco más joven que él; quizá tuviera treinta y pocos. Debía de tener la edad de esas mujeres que compartían los coches para llevar los niños al colegio, de esas madres que tenían hijos aficionados al excursionismo, de las que asisten a las reuniones de la Asociación de Padres de Alumnos, de las amas de casa a quienes les preocupan las vacunas trivalentes y la or-

todoncia, y que quieren que su colada quede lo más blanca posible sin que se destiñan los colores. Lo que sabía de esas mujeres lo había aprendido en los anuncios de la televisión, pero ella parecía encajar en ese perfil general.

Salvo que ella parecía demasiado... demasiado... inquieta.

No tenía el aspecto de una madre que disfruta de unos minutos de descanso mientras el padre lleva a los niños a los caballitos. No tenía ese aire imperturbable y de autosuficiencia de las esposas de sus conocidos, mujeres que trabajaban como voluntarias en asociaciones femeninas y en centros cívicos, que asistían a comidas bajas en calorías, que organizaban fiestas de cumpleaños para sus hijos y cenas para los socios de sus maridos, que jugaban al golf o a tenis en sus respectivos clubes privados una o dos veces a la semana, entre sus clases de aeróbic y las sesiones en grupo para estudiar la Biblia.

Tampoco poseía el cuerpo fofo e inflado de una mujer que ha dado a luz a dos o tres criaturas. Tenía un tipo macizo y atlético, unas bonitas piernas —de hecho, eran preciosas— musculadas, delgadas y bronceadas, y que aún le lucían más con la falda corta y las sandalias de tacón bajo. Llevaba un jersey sin mangas con cuello redondo, parecido a un chaleco cerrado, y una rebeca a juego que había llevado abotonada hasta el cuello antes de quitársela. Era un atuendo elegante y chic, con mucho más estilo que los pantalones cortos y las zapatillas deportivas que llevaba la mayoría de la gente.

Había dejado el bolso encima de la mesa y era tan pequeño que apenas cabía un llavero, un pañuelo y quizás un pintalabios; era obvio que el bolso no era lo bastante grande para pertenecer a una madre joven, ya que en ese caso habría estado repleto de agua embotellada, toallitas, cosas para picar y material suficiente para sobrevivir días enteros en el desierto en caso de que se produjera una situación de emergencia.

Hammond tenía una mente analítica; el razonamiento deductivo era su fuerte. Por lo tanto, llegó a la conclusión, con lo que consideraba un nivel bastante bueno de exactitud, de que era poco probable que esa mujer fuera madre.

Eso no significaba que no estuviera casada o comprometida, y a la espera de reunirse con alguien importante para ella, fuera quien fuera y al margen de la naturaleza de su relación. Podría ser una mujer dedicada por completo a su profesión. Una persona de peso en los círculos empresariales. Una vendedora de éxito. Una empresaria inteligente. Una agente de bolsa. Una prestamista.

A la par que sorbía su cerveza, cada vez más tibia a causa del calor, Hammond siguió observándola con interés.

Entonces se dio cuenta de que también ella le observaba. Cuando sus miradas se cruzaron, el corazón le dio un brinco, quizá debido a la vergüenza de que le hubiera sorprendido mirándola. Sin embargo, no apartó la vista. A pesar de los bailarines que pasaban ante ellos, y que bloqueaban su campo de visión de forma intermitente, se miraron a los ojos durante varios segundos.

Ella desvió su mirada con brusquedad, como si también pudiera sentirse avergonzada de haberle escogido a él entre la multitud. Disgustado por haber tenido una reacción tan infantil ante algo tan insignificante como el hecho de mirarse a los ojos, Hammond cedió su mesa a dos parejas que hacía rato que esperaban a que quedara una libre. Se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia el bar provisional montado durante la feria para complacer a los sedientos bailarines.

Era un lugar popular. El personal de las bases militares de la zona se apilaba en capas de tres en la barra. Aunque no fueran de uniforme, se podían identificar por sus cabezas afeitadas. Bebían, inspeccionaban a las chicas, sopesaban las posibilidades que tenían, apostaban acerca de con quién tendrían suerte, jugaban a colocarse en una posición superior con respecto a los demás.

Los encargados del bar servían la cerveza con premura, pero eran incapaces de dar abasto. Hammond intentó atraer la atención de uno de ellos varias veces, pero al final desistió y decidió esperar a que la multitud disminuyera antes de pedir otra cerveza.

Sintiéndose menos patético de lo que indudablemente se había sentido al estar solo en la mesa, echó un vistazo al otro lado de la pista para verla. Se desanimó de inmediato. Tres hombres ocupaban las sillas libres de su mesa. Los anchos hombros de uno de ellos le impedían verla. El trío no iba de uniforme, pero a juzgar por el rigor de sus cortes de pelo y por su engreimiento, Hammond supuso que eran marines.

Bien, no le sorprendía. Sí, estaba decepcionado, pero no sorprendido.

Era demasiado guapa para estar sola un sábado por la noche. Se había limitado a esperar a que apareciera su pareja.

Aunque hubiera llegado sola a la feria, no habría estado sin acompañante durante mucho tiempo. Y mucho menos en un mercado de carne como aquél. Un militar soltero con un permiso de fin de semana tenía el instinto y la firmeza de un tiburón. Sólo tenía un objetivo en mente: conseguir una compañera para el resto de la noche. Aunque no hubiera tenido intención de hacerlo, esa mujer llamaba la atención.

Y no es que él pensara ligársela, se dijo Hammond. Era demasiado mayor para esas cosas. ¡Por Dios, no iba a actuar con la mentalidad de la época universitaria! Además, no estaría bien, ¿verdad? No es que estuviera comprometido, pero tampoco era libre del todo.

De repente, ella se puso en pie, cogió la rebeca, se pasó la tira del pequeño bolso por encima del hombro y se dio la vuelta para marcharse. Los tres hombres sentados con ella también se pusieron en pie al instante y se apiñaron a su alrededor. Uno de ellos, que parecía estar borra-

cho, le pasó el brazo por los hombros y acercó su cara a la de ella. Hammond alcanzaba a ver que el hombre movía los labios; no sabía lo que le estaba diciendo, pero sus compañeros se partían de risa.

A ella no le pareció gracioso. Apartó la cabeza y a Hammond le pareció que intentaba salir de una situación desagradable sin montar una escena. Cogió el brazo del militar, lo apartó de su cuello y, con una sonrisa tensa, le dijo algo antes de darse la vuelta de nuevo para marcharse.

Todavía empeñado en su propósito, e incitado por sus dos amigos, el desdeñado militar fue tras ella. Cuando éste la agarró del brazo y la obligó a darse la vuelta, Hammond actuó.

Más tarde, ni siquiera recordaba haber cruzado la pista de baile, a pesar de que seguramente debió de haberse abierto paso con dificultad entre las parejas que bailaban al son de ritmos cada vez más lentos, porque a los pocos segundos ya se encontraba entre los dos musculosos marines de estómagos duros, apartando al pesado a un lado y oyéndose a sí mismo decir:

—Lo siento mucho, cariño. Me he encontrado con Norm Blanchard y ya sabes cómo se enrolla. Por suerte, están tocando nuestra canción.

Le pasó un brazo por la cintura y se la llevó a la pista de baile.

—¿Ha entendido mis instrucciones?

—Sí, señor. Nadie puede salir ni entrar. Hemos cerrado todas las salidas.

—Eso incluye a todo el mundo, sin excepción.

—Sí, señor.

Tras dar las órdenes pertinentes, el detective Rory Smilow saludó al agente uniformado con una inclinación de cabeza y entró en el Charles Towne Plaza por la puerta principal del hotel. Varias revistas de diseño calificaban la escale-

ra de triunfo arquitectónico. Y se había convertido en el rasgo más distintivo del nuevo complejo hotelero. Personificando la hospitalidad sureña, dos ramales de anchos escalones se elevaban desde el suelo del vestíbulo. Parecían abrazar la increíble araña de cristal antes de juntarse, a unos doce metros de altura del vestíbulo, para formar la galería del segundo piso.

En ambas plantas del vestíbulo, los agentes de policía se entremezclaban con los huéspedes del hotel y con los empleados, quienes ya sabían que, a todas luces, se había perpetrado un asesinato en la quinta planta.

«Sólo un asesinato puede crear un ambiente de expectación como éste», pensó Smilow mientras evaluaba la situación.

Sudorosos turistas quemados por el sol y con la cámara al cuello se movían de un lado para otro, preguntaban a cualquier persona que estuviera al mando, charlaban entre ellos y hacían conjeturas acerca de la identidad de la víctima y sobre la posible causa del asesinato.

Era obvio que Smilow, quien vestía un traje bien entallado y una camisa de amplios puños, iba demasiado elegante. A pesar del sofocante calor que hacía en el exterior, su vestimenta estaba limpia y seca; ni siquiera estaba húmeda. En una ocasión, un subordinado enfadado preguntó en voz baja si Smilow sudaba alguna vez. «Pues claro que no —le respondió otro agente de policía—. Todo el mundo sabe que los extraterrestres no tienen glándulas sudoríparas».

Smilow se dirigió resueltamente hacia la hilera de ascensores. El agente con el que habló en la entrada debió de haber comunicado su llegada, puesto que había otro agente junto a un ascensor, sosteniéndole la puerta. Smilow entró sin agradecerle la gentileza.

—¿Querrá que le abrillante los zapatos, señor Smilow?

Smilow se dio la vuelta y le respondió:

—Sí, claro, Smitty. Gracias.

El hombre al que todo el mundo conocía sólo por su nombre de pila tenía tres sillas para lustrar zapatos en un hueco del vestíbulo del hotel. Durante décadas, trabajó de forma regular en otro hotel del centro. Hacía poco tiempo que le habían persuadido para que se trasladara al Charles Towne Plaza, y su clientela fue en pos de él. Recibía propinas excelentes incluso de los forasteros, ya que Smitty sabía mucho más que el conserje del hotel acerca de qué hacer en la ciudad, adónde ir y dónde encontrar cualquier cosa que uno buscara en Charleston.

Rory Smilow era uno de los clientes habituales de Smitty. En una situación normal, se habría detenido para intercambiar unos cuantos chistes, pero en ese momento tenía prisa y, de hecho, no le gustó nada que le pararan.

—Ya nos veremos más tarde, Smitty —se despidió con brusquedad. Las puertas del ascensor se cerraron.

El agente uniformado y él subieron hasta la quinta planta en silencio. Smilow nunca se relacionaba con sus compañeros de trabajo, ni siquiera con aquellos de la misma categoría, y mucho menos con los de rango inferior. Nunca iniciaba una conversación, a no ser que guardara relación con un caso en el que estuviera trabajando. Los hombres del departamento que eran lo bastante intrépidos para intentar comentar algún chisme con él, pronto descubrían que sus intentos eran vanos. Su comportamiento desalentaba cualquier tipo de camaradería. Por lo que a accesibilidad se refería, incluso su elegante aspecto era tan eficaz como las alambradas de espino.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la quinta planta, Smilow experimentó una emoción que no le era desconocida. Había presenciado innumerables escenarios del crimen; algunos bastante insípidos y poco llamativos, y otros realmente espeluznantes. Algunos eran rutinarios y fáciles de olvidar, pero otros no los olvidaría jamás, tal vez debido a la imaginación del asesino, al extraño lugar en el que el cadáver fue hallado, al raro método de ejecución, a

la singularidad del arma o a la edad y circunstancias de la víctima.

Sin embargo, la primera visita al escenario del crimen siempre le daba un chute de adrenalina; además, se negaba a avergonzarse de ello. Había nacido para eso. Le encantaba su trabajo.

Al salir del ascensor, la conversación que mantenían en el pasillo los policías de paisano llegó a su fin. Por respeto, o por miedo, se apartaron a medida que el detective se dirigía hacia la puerta abierta de la suite del hotel en la que un hombre había muerto ese mismo día.

Apuntó el número de la habitación y después echó un vistazo en el interior. Se alegró al ver que los siete agentes que integraban la Unidad del Escenario del Crimen ya estaban allí, llevando a cabo sus respectivos cometidos.

Satisfecho al ver que hacían un buen trabajo, se acercó a los tres detectives pertenecientes a la Sección de Investigación Criminal. Uno de ellos, que estaba fumando, se apresuró a apagar el cigarrillo en un cenicero. Smilow le obsequió con una mirada fría e imperturbable.

—Espero que entre la arena del cenicero no hubiera ninguna prueba crucial, Collins.

El detective metió las manos en los bolsillos como si fuera un alumno de tercer curso al que acabaran de regañar por no haberse lavado las manos después de ir al cuarto de baño.

—Présteme atención —dijo Smilow, dirigiéndose al grupo en general. Nunca levantaba la voz. No tenía motivos para hacerlo—. No toleraré ni un solo error. Si alguien borra accidentalmente alguna prueba del escenario del crimen, si alguien incumple las normas de actuación, si alguna prueba, por insignificante que sea, es pasada por alto o puesta en peligro por el descuido de alguien, yo mismo en persona me encargaré de hacer pedazos al culpable.

Mantuvo contacto ocular con cada uno de los hombres. Después añadió: